

Noche y dolor conjúrense en mi daño:
Fulgura en otra esfera el bien que anhelo!
Serenado el espíritu, ve clara
En el limpio cristal de la memoria
La imagen de los tiempos, y compara
La ventura real con la ilusoria.

¡Cuánta lúgubre historia!
¡Cuánto mártir sin nombre! «¡Oh, patria, ex-
[clamó,

»¡Qué necio quien se aleja, y sacrifica
»En extranjero altar á la fortuna!
»¡Cuán sabio quien su túmulo fabrica
»Al pie del árbol que asombró su cuna!»

DON NICANOR ZURICALDAY

Fragmento del poema titulado

LA LECCIÓN DE MÚSICA

—«¡Inés! Cuando tú lloras
Escuchando el *¡Hosanna en las alturas!*
Y en lágrimas de amor abrasadoras,
Quieres como tu abuelo,
Rauda volando á las regiones puras,
Beber la luz y el esplendor del cielo;
Cuando de amante tórtola la queja
Hace vibrar como en doliente lira
Los débiles alambres de su reja;
Cuando el aire en sus círculos suspira
Y el árbol que recibe los gemidos,
Con las trémulas ramas se estremece,
Columpiando las hojas y los nidos;
Siempre que el mar en sus riberas crece
Extendiendo su cántico sonoro;
Al despertarse el sol, cuando se acuesta,
Prendiendo el velo azul con broche de oro;
Siempre que el ave canta en la floresta;
Siempre que manso se lamenta el río;

Y cuando el eco á tu clamor contesta,
Y cuando gira un astro en el vacío...
Siempre, siempre ¡ángel mío!
Está sonando la divina orquesta.

El aroma, el color, la poesía,
Todo es música, Inés, todo armonía;
Y lo mismo el azul del firmamento
Es melódico acento,
Que una lira la lengua de las aves,
Y un sonido el perfume de las rosas...
¿Lo ignorabas, Inés? Pues ya lo sabes;
¡La música es el alma de las cosas!»—

Aquí Don Juan, queriendo que el estudio
Fuese más grato, deslizó un preludio
Sobre las teclas pálidas y rotas
Que regalaron á los aires ledos,
Alta espiral de cristalinas notas,
De las voces angélicas, remedos.

Luego, otra vez, sus manos arrugadas,
Las de Inés abrazaron, cuyos dedos,
Desde aquel calabozo tan querido,
Dejaban ver sus yemas sonrosadas,
¡Cabecitas de pájaro asomadas
Al antepecho de su tosco nido!

Y aun no apagado el eco tembloroso
De aquella melodía,
Oyó Inés que su abuelo la decía
Con acento de padre cariñoso:
—«¿No sabes tú la fábula, hija mía?
Cuando Orfeo en los bosques primitivos
Contemplando las cosas y los seres
En la mudez y en el dolor cautivos,

Sintió piedad porque sumida estaba
Naturaleza ruda,
En noche eterna, dolorida y muda;
La cítara inventó que subió al cielo
En suspiros alados y veloces,
Llevando al infinito, desde el suelo,
Las quejas ó las voces,
Amargas ó armoniosas,
De los hombres, las fieras y las cosas.

Y aquella creación antes esclava
Que nunca sus dolores consolaba,
Porque ni lengua ni expresión tenía,
Para lanzar sus gritos al espacio,
Halló, por fin, su idioma y melodía,
En la sonante cítara del Tráicio.

Y así dice la fábula que Orfeo,
Al cruzar de los bosques la espesura,
Coronado de olímpico trofeo
Y pulsando su lira á la ventura,
Como en la rama el pájaro canoro,
Llevó detrás en majestuoso coro,
Lanzando quejas dulces y süaves,
Los dioses y las gentes,
Los árboles, las fieras y las aves,
Los arroyos, el mar y los torrentes.

De la leyenda histórica titulada
LA QUINCENA DE DON PEDRO

LA MUERTE DEL INFANTE

12 Junio de 1358.

En Bilbao y en su posada
Ponen fin á la comida
El infante de Aragón
Y el monarca de Castilla.
Desde Bermeo han llegado
Aquella mañana misma,
Don Juan midiendo esperanzas
Como Don Pedro perfidias.

Ha dicho el rey á su primo
Que si ayer no le querían,
Hoy en Bilbao sus promesas
Serán palabra cumplida.

Por eso, alegre el infante,
Haciendo honor á la orgía,
Chancero y desatinado
Los vinos diáfanos liba.

—«Bien me regaláis, Don Pedro;
»Tal favor nunca se olvida;
»¡Qué manjares y qué vinos?
»¡Y qué hermosa argenterial
»Mas tened ¿sabéis qué falta
»Señor, en vuestra vajilla?
»Del anciano de Bermeo
»La cabeza encanecida.

»¡Buena plata! Y buena copa
»Cualquier artifice haría
»Desencajando el cerebro
»De aquella testa maldita!
»Cuando yo tenga á Vizcaya
»Á mis antojos sumisa,
»Os haré merced con ella
»De oro y plata guarnecida.

»Mientras, siguiendo obligado
»Á vuestra fe y cortesía,
»Quiero me pidáis ahora
»Memoria que os dé en seguida.»—

—«Si tal empeño mostráis,
»Dijo el rey, que yo la exija,
»Regaladme vuestra daga,
»Don Juan, como prenda amiga;»—
—«Tenedla, dijo el infante,
»Y del cinto se la quita:
»Y que la guardéis os ruego,
»Mi primo, en memoria mía.»—

Tomóla el rey y exclamando
—«¡Bravo filo y hoja limpia!
Añadió: «Será guardada
»Mas allá de vuestra vida.

»En cuanto á ser el señor
»De Vizcaya, vais deprisá.
»No, Don Juan, el señorío
»De Don Tello, es cosa mía.»—
—»Qué decis?—clamó el infante.
—»Que estáis ébrio de codicia
»Y que no podréis (no siendo
»Con vuestra cabeza misma)

»Con aquella del anciano
»Enriquecer mi vajilla.»—
—«¿No son ley vuestras promesas?»—
—«¡Loco el que en promesas fia!»—
—«Si estoy firme en mi derecho
»Más loco el que me resista.»—
—«Osado habláis y por Cristo,
»Me alegro de ver rompida
»Esa mudez obstinada
»Que ha durado quince días.
»Tened, si queréis promesas,
»Una que os hice en Sevilla
»De serviros por mí mismo
»El término de la orgía.
»Ya estais en coto cerrado
»Y no encontrareis salida.
»Para cazar reses mansas
»No necesito jauría.
—»¡Callad, Cain de bastardos!»—
—»¡Y hablais vos de bastardía
»Que tenéis en vuestra estirpe
»Apellidos de pocilga!»—
—»¡Cobarde y traidor, mi daga!
»¡Devolvédmela que es mía!»—
—»Toda la vais á guardar,
»Le dice el rey, en la herida.»—
Y agitándola en el aire
—«¡Favor!»—el infante grita,
Pero Don Pedro le alcanza
Y de un golpe le asesina.
Después, sacando el cadáver
Por la ventana contigua,

Suspendido del cabello
Mostróle á los de la villa.
Y diciendo:—«*Allá tenedes
Al señor que vos queria;*»—
En las piedras de la plaza
Sangriento le precipita.
Entróse el rey, y se cuenta
Que al choque de la caída
Contestó una carcajada
Por la ventana vacía.

LA FERRERÍA

Por la margen del Cadagua,
Río arriba, á trote largo,
Cruza de noche Don Pedro
Pedregales y barrancos.
Con airosa gentileza
Va envuelto en cándido manto
Que al resplandor de la luna
Semeja un triste sudario.
La pluma de su birrete
De tornasol encarnado,
Al aire sobre el espectro
Flamea cual fuego fátuo.
Los árboles en la senda
Su larga sombra arrojando,
Parece que le amenazan
Intrépidos con sus brazos.
Los ecos, que se repiten
Del potro al sonante paso,

Simulan gritos de alarma
De monte en monte lanzados.

Mas Don Pedro, indiferente
Á tan medroso aparato,
Extiende sus tristes ojos
Por el azul del espacio.

En abandono las riendas,
Marcha tranquilo, aspirando
Los misteriosos efluvios
De una noche de verano...

Á la altura de Sodupe
Paróse el rey asombrado,
Con la vista en el Cadagua
Y el oído más lejano.

Y oyó de una herrería
El golpe sordo del mazo
Y el estridente chirrido
De los barquines soplando.

Arpas de cristal rompía
La presa sobre el peñasco,
Y la luna se bañaba
Más arriba en el remanso.

Por las copas de los fresnos
Iba el céfiro callado,
Subiendo en sus tenues alas
Los aromas de los jaros.

Allí evocó su memoria
Aquellas noches de encanto
Que regalan á Sevilla
Guadalquivir y los astros.

Tal vez pensó en su manceba
Y á sus ojos vino el llanto

Por tornar lleno de sangre
Y no de gloria á sus brazos...

Sereno ya, pasó el puente
Á su corcel refrenando,
Y le alivió de su peso
Al pie de unos muros altos.

Á una vieja que allí andaba
Dió las riendas del caballo,
Y empujó de la herrería
El postigo siempre franco.

Cuando él entró el martinete
Daba golpes sobre el tajo
Que lanzaba rojas ascuas,
Á sus pies, como venablos.

Su bruido guantelete,
De pálida luz bañado,
Agitaba las falanges
Como lívidos gusanos.

Por los negrecidos muros,
Con resplandores extraños,
Vió que subía un enjambre
De duendecillos y trasgos.

Vió agigantarse la hoguera
Entre riscos encarnados
Que él se fingió los despojos
Sangrientos de los bastardos.

Vió á los cíclopes desnudos
Blandiendo en sus negras manos
Las gigantescas tenazas
Y los espantosos garfios.

Y cegado de la lumbre
Y ensordecido del mazo

Y medroso de los ayes
Que daba el barquín llorando,
Le pareció que su reino
Se deshacía en pedazos.

Y como aquellos titanes
Indiferentes é impávidos!
Seguían con arrogancia
El fuerte hierro labrando,
Se dijo el rey á sí propio,
Más confuso que enojado:
—«¿Serán libertad y hierro
Elementos necesarios?»—

Y aturdido ante el enigma,
Con temor de adivinarlo,
Buscó otra vez el postigo
Y se salió de aquel antro.

Allí vió al potro impaciente
El duro suelo escarbando
Y á la mujer que esperaba
De su servicio el salario.

—«¿Quién sois?»—preguntó á la vieja.
—«Bruja de Zalla me llamo.

»¿Queréis la buena ventura?»—
Y el rey la tendió su mano.

—«¡Fratricida! la hechicera
Clamó con mortal espanto.
«Joven moriréis, señor,
»Y muerto por un hermano.»—

Asióla el rey por el cuello,
Colérico del presagio,
Y la lengua de la bruja
Salió de la boca un palmo.

Después al fondo del río
Arrojó aquel espantajo,
Diciendo:—«Vete á dar cuenta
»De tus embustes al diablo.»—

Tornó á montar y el camino
De Valmaseda tomando,
En vuelo vertiginoso
Despareció su caballo.

Y entre el polvo y las centellas
Que levantaban sus cascos,
Metió á Don Pedro en Castilla
Como entre nubes y rayos.

DON JOAQUÍN MARIA BARTRINA

Oyendo hablar á un hombre, fácil es
Acertar dónde vió la luz del sol;
Si os alaba á Inglaterra, será inglés,
Si os habla mal de Prusia, es un francés,
Y si habla mal de España, es español.

Si miro al cielo en estas noches bellas
En que mi alma se eleva al infinito,
En caracteres mágicos de estrellas
Nunca el nombre de Dios sé ver escrito.
Creo que si á alguien Dios dejó encargado
Trazar algunos versos alusivos,
No supo qué escribir, poco inspirado,
Y lo llenó de puntos suspensivos.

Si cumplir con lealtad
Nuestra última voluntad
Es sagrada obligación,
Cuando mis ojos se cierren

He de mandar que me entierren
Dentro de tu corazón.

Ríe, en el hermoso hoyuelo
Un beso quiero enterrar,
Luego ponte seria, y nadie,
Nadie lo conocerá.

Rodó una perla de tu collar,
Cayó en tu seno,
Y allí, á tu seno, fuila á buscar
De gozo lleno.
¡Creílo un nido! Dulce calor,
Fuertes aromas,
Y acurrucadas hallé en su amor
A dos palomas!

La cosa más sublime,
El cuadro más hermoso,
Que he visto en este mundo
Ni puedo ver en otro,
Fué el techo de tu alcoba
Reflejado en el fondo de tus ojos.

Para matar la inocencia,
Para envenenar la dicha,
Es un gran puñal la pluma
Y un gran veneno la tinta.

Quien vive siempre entre pena
Y remordimiento y dudas
No sabe ver más que á Judas
En el cuadro de la cena.

«DE OMNI RE SCIBERI»

Todo lo sé! Del mundo los arcanos
Ya no son para mí
Lo que llama misterios sobrehumanos
El vulgo baladí.
Sólo la ciencia á mi ansiedad responde,
Y por la ciencia sé
Que no existe ese Dios que siempre esconde
El último por qué.
Sé que soy un mamífero bímano
(Que no es poco saber)
Y sé lo que es el átomo, ese arcano
Del ser y del no ser.
Sé que el rubor que enciende las facciones
Es sangre arterial;
Que las lágrimas son las secreciones
Del saco lacrimal;
Que la virtud que al bien al hombre inclina

Y el vicio, sólo son
Partículas de albúmina y fibrina
En corta proporción;
Que el genio no es de Dios sagrado emblema,
No señores, no tal;
El genio es un producto del sistema
Nervioso cerebral,
Y sus creaciones de sin par belleza
Sólo están en razón
Del fósforo que encierra la cabeza
¡No de la inspiración!
Amor, misterio, bien indefinido,
Sentimiento, placer...
¡Palabrotas vacías de sentido
Y sin razón de ser!...
Gozar es tener siempre electrizada
La médula espinal,
Y en sí el placer es nada ó casi nada,
Un óxido, una sal.
¡Y aun dirán de la ciencia que es prosáica!
¡Hay nada vive Dios,
Bello como la fórmula algebraica
 $C = \pi r 2!$
¡Todo lo sé! Del mundo los arcanos
Ya no son para mí
Lo que llama misterios sobrehumanos
El vulgo baladí...
Mas ¡ay! que cuando exclamo satisfecho:
¡Todo, todo lo sé!...
Siento aquí, en mi interior, dentro mi pecho,
Un algo... un no se qué!...

¡ECCE HOMO!

Hace ya veinte y cuatro años
Que vivo solo conmigo,
Y hace cuatro que deseo
Divorciarme de mí mismo.

Todo cuanto me rodea
Me causa profundo hastío,
Y si entro en mí me da espanto,
Y me da horror lo que miro...

Mi cabeza es vasto caos
Caliginoso y sombrío
Del que nunca saldrá un mundo,
Y es mi corazón un circo
En que luchan como fieras
Mis virtudes y mis vicios.

Sin una estrella en mi cielo
En negra noche camino;
Busco flores y hallo abrojos,
Celeste aroma percibo,
Corro á él, y al correr, ciego,
Mis pies hallan el vacío;
Imposible es detenerme,
Caigo rodando á un abismo.

Logro agarrarme á una roca...
¡Y se desprende conmigo!

.
.
.
.
.

Hoy ni amar ni sentir puedo..

¡Oh! cuando pienso que he sido
Feliz ¡que podría serlo!

Un día, día maldito,
Una ansia de saber loca
Hizo probar á mi espíritu
La por vedada incitante
Fruta del árbol prohibido
Del bien y del mal... La ciencia
Me arrojó del paraíso!

Cruel ella en microscopios
Mis ojos ha convertido;
La que otros ven agua pura
Llena de infusorios miro,
Y donde hallan amor ellos,
Sólo descubro egoísmo.

Hay quien de noche en el bosque
Se encanta ante el puro brillo
De una luz que entre las hojas
Del césped se abre camino;
Yo no, no puedo encantarme
Y á aquella luz me aproximo
Hasta encontrar el gusano...
¡Y hago en el mundo lo mismo!

Y si me causa la vida
Aburrimento y fastidio,
Sólo al pensar en la muerte
Me vienen escalofríos.
Mal si vivo, y peor si muero,
Ved si estaré divertido...

Si los seres de la tierra
Viven todos cual yo vivo,

¡Como hay Dios (si lo hay) no entiendo
Para qué habremos nacido!...

Maldita sea mi suerte
Y el día sea maldito
En que me enviaron al mundo
Sin consultarlo conmigo!

LA ÚLTIMA CUERDA

Cuatro cuerdas rompí de mi lira
Hiriéndolas lleno
Del afán de volar y alejarme
Del mundo y su cieno,
Cual el ave que quiere ser libre
Lanzando mil quejas
Hiere, ciega de cólera, el áureo
Metal de sus rejas.
Amo y sufro; la cuerda que sólo
Le resta á mi lira
De mi bien al oído no llega
Por más que suspira.
A su arco ha de atarla Cupido,
La cuerda ya arranco...
Mas tal vez al tenderla se rompa
Sin dar en el blanco.
Si al extremo sutil de una caña
A atarla me atrevo
Y mis sueños de amor y de gloria
Coloco por cebo,
Y á pescar voy la suerte en el mundo...
Es fácil la pérdida,

Que es posible que un monstruo arrebate
El cebo y la cuerda.
¡Ah ya sé... Si no alcanzo fortuna
Ni es mía la bella,
A mi cuello la cuerda yo anudo
Y me ahorco con ella!

SILOGISMO

Si al ser feliz creo serlo
Sufro en mi dichoso estado,
Porque me hace desgraciado
Sólo el miedo de perderlo,
Y si estoy bien sin saberlo,
Pues no lo sé, no lo estoy.
Así, mañana como hoy,
Ser feliz nunca podré,
Pues si lo soy no lo sé....
Si lo sé... ya no lo soy.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO